

Natura y primum movens

Por Emmanuel Brochier, profesor titular, decano del IPC (París)

27/10/2025

Jeffrey Brower (2024), en «Aquinas on Change Without Matter or Form— The Problem of Local Motion¹», llegó a la conclusión de que no hay que buscar ninguna similitud entre el agente y su efecto en el caso del movimiento local². Suponiendo que esta interpretación —basada en parte en el comentario tomista de *la Física* de Aristóteles³— sea correcta, implicaría la inutilidad de un primer motor inmóvil en la investigación sobre la naturaleza. Sería más adecuado cuestionar la alteración o el movimiento cuantitativo, cuyos términos son intrínsecos al móvil, porque estos movimientos presentan una similitud con el motor, como en el caso del calentamiento por contacto con un cuerpo caliente, por ejemplo, el fuego. Y, para considerar la naturaleza —que en primer lugar es una forma y, en segundo lugar, una materia— como la razón de un cierto arte, a saber, el divino, inscrito en las cosas, por el cual las cosas se mueven hacia un fin determinado⁴, habría que centrarse en el devenir absoluto, es decir, la generación y la corrupción. Sin embargo, este no es el caso en la *Física* de Aristóteles, sino todo lo contrario. Solo en referencia a lo que se mueve según el movimiento local se determina la existencia de un primer motor inmóvil en el Libro VIII, pero también en el Libro VII. Se trata, pues, de aportar un conocimiento del movimiento con el fin de conocer la naturaleza: «*ignarato motu, ignoratur natura*⁵». Al final del comentario, el objetivo parece haberse alcanzado, ya que Tomás concluye: «*Et sic terminat Philosophus considerationem communem de rebus naturalibus, in primo principio totus naturae, qui super omnia Deus*⁶».

Pero las dificultades son numerosas: ¿en qué sentido tenemos un mejor conocimiento de la naturaleza gracias al primer motor inmóvil? El comentario tomista no parece ser más explícito sobre este punto que el texto de Aristóteles. ¿Pertenece a la filosofía de la naturaleza identificar al primer motor de la *Física* con Dios, o este juicio solo es posible en referencia a Romanos 1, 25, texto que aparece al final del comentario tomista como una cita muda⁷? Por otra parte, ¿tiene este «primer principio de toda la naturaleza», en este contexto, el estatus de causa final o de causa eficiente? En caso de que tuviera el estatus de causa eficiente, ¿se confirmaría o se refutaría la tesis de Jeffrey Brower? ¿El movimiento local se aparta del principio tomista de semejanza que rige la causalidad eficiente? Si es así, ¿en qué sentido la naturaleza seguiría siendo la razón de un arte divino?

Con la esperanza de poder aportar algunas respuestas a estas preguntas, veremos en primer lugar qué conduce, en el comentario tomista de *la Física*, al primer e o motor inmóvil, antes del libro VII. A

¹ Brower, J. (2024) «Aquinas on Change Without Matter or Form— The Problem of Local Motion», *Philosophers' Imprint*. 24(0). doi: <https://doi.org/10.3998/phimp.3550>

² «Este último punto es importante porque nos ayuda a apreciar una restricción importante del principio de semejanza que rige la causalidad eficiente. Aquino suele hablar como si se tratara de un principio perfectamente general. Pero, de hecho, parece aplicarse solo a la causalidad eficiente de los cambios intrínsecos. Porque, presumiblemente, solo cuando los agentes producen nuevas entidades deben ser similares a las entidades que producen. Por el contrario, en el caso de producciones que implican la mera reorganización de entidades preexistentes —como, por ejemplo, cuando un ángel hace que el hierro se acerque al fuego— no hay razón para esperar una semejanza. De hecho, en tales casos, no parece haber nada con lo que el agente pueda tener semejanza!».

³ THOMAE AQUINATIS, *Commentaria in octo libros Physicorum Aristotelis (Opera omnia, t. 2)*, Roma, 1884. Citado en *Phys.*

⁴ *En II Phys.*, 14, 8.

⁵ *In III Phys.*, 1, 2.

⁶ *In VIII Phys.*, 23, 9.

⁷ Tomás añade, en efecto, después de *qui est super omnia Deus*: «*qui est benedictus in secula. Amen*».

continuación, veremos el libro VII, donde se propone una demostración de su existencia (*an est*), y luego el libro VIII, donde se trata de determinar cuál es ese primer motor (*qualis sit*).

1. La naturaleza y el primer motor antes del libro VII.

Tomás de Aquino comienza explicando, al inicio de su comentario, que el libro de *Física* también se conoce como el [Tratado] de la naturaleza o la Lección oral sobre la naturaleza (*de Physico vel Naturali Auditu*), debido a que se transmitió en forma de enseñanza (*per modum doctrinae*) a los oyentes. Esto implica que ningún libro puede abordarse sin un conocimiento perfecto del anterior y, en lo que respecta al primer libro, sin un conocimiento completo del Organon, en particular del tratado de *los Segundos Analíticos*, que indica las reglas comunes de una *ciencia*. La *filosofía primera* no se presenta como un presupuesto, sino, por el contrario, como una disciplina que viene después. Esto queda explícito desde el Libro I, cuando se trata de explicar por qué la física no busca resolver las dudas sobre la forma⁸. Veamos cómo aparece el tema del primer motor en los tres primeros libros: los libros IV, V y VI, por indispensables que sean para la demostración del libro VII, solo tratan del movimiento y sus medidas —el lugar y el tiempo (libro IV)— o del movimiento de sus partes: los tipos de movimiento (libro V) y las partes cuantitativas de un movimiento local (libro VI).

1.1. Libro I

Thomas comenta la tesis aristotélica según la cual «en la ciencia de la naturaleza, hay que empezar por definir lo que se refiere a los principios⁹», identificando el término *principios* con las causas motrices y agentes, ya que se trata del tipo de causa en la que más se encuentra (*máxima*) el orden de un determinado proceso, elemento esencial para el significado de la palabra *principio*¹⁰. El principio puede no ser una causa, como el punto de partida de un segmento o el punto de partida de un movimiento (que es una privación), pero siempre es el origen de un proceso que determina su orden. En el mismo pasaje, Tomás explica que el agente es el origen de la forma, que tiene un fin, excepto cuando ella misma es el fin, y que la materia, por otra parte, tiene en vista la forma, lo que convierte a esta última en el momento de un proceso, como es el caso de los dientes que dan cierta forma a la sierra, que tienen en vista cortar y que presuponen un determinado material —por ejemplo, el hierro— que tiene la capacidad de cortar. El agente, en este caso, es lo que da origen a esta forma dentada que es el principio de la acción de cortar; por el contrario, se habla de *motor* para lo que da origen a la formación de los dientes.

Si, por lo tanto, toda la obra se mantiene en esta perspectiva, el primer motor inmóvil y el primer principio de toda la naturaleza no dependen de la causalidad final, ni de la causalidad formal o material. Queda por decir si se puede hablar de causa eficiente, o si hay que distinguirla de las causas agentes y motrices. El problema es también comprender por qué todo el Libro I, que busca los principios del devenir, descarta las causas agentes y motrices para hablar únicamente de las causas formales y materiales. Ahora bien, afirmar, como hace Jeffrey Brower, que podría haber un cambio sin materia ni forma —es decir, el cambio de lugar—, es contradecir los resultados del Libro I¹¹. Otra dificultad es comprender en qué sentido un principio o un motor es *primario*. ¿Es porque, entre las causas, es la que conocemos primero, precisando Tomás desde la primera lección del Libro I que lo último en el conocimiento es la materia? El problema es que, en ese caso, no sería primario como principio o motor,

⁸ Véase *In I Phys.*, 15, 12.

⁹ *Phys.*, I, 1, 184a14-16. Trad. H. Carteron.

¹⁰ Véase *In I Phys.*, 1, 5.

¹¹ Véase *In I Phys.*, 12-13.

sino solo en relación con nosotros. Esta indeterminación en la que nos encontramos no es definitiva, en la medida en que los elementos de esta primera lección no son más que un breve resumen de los resultados del Libro II.

1.2. Libro II

Según Aquino, el objetivo del segundo libro es determinar los principios de la ciencia de la naturaleza. Si por *ciencia* entendemos un *habitus* de conclusiones¹² —es decir, una proposición constituida por un sujeto y un predicado, o, en términos del *Peri hermenias*, por un nombre y un verbo—, entonces se presupone, al inicio del proceso que conduce a las conclusiones, el conocimiento de la existencia del sujeto y, por lo tanto, también el significado del nombre que se utiliza para designarlo¹³. Este es precisamente el objeto de la investigación hasta la lección 4. Pero la conclusión científica también se caracteriza por su necesidad, que se deduce de las diferentes relaciones de causalidad¹⁴. Y es por eso que, desde la lección 5 hasta la lección 15, se trata la causalidad y las diferentes formas de necesidad. Con este libro, esperamos poder aclarar aún más los conceptos de principio, motor y primacía.

Es bien sabido que, para Aristóteles, la naturaleza es un principio; pero Tomás invita a su lector a burlarse de aquellos que entienden este principio como una «*vis insita rebus* o algo por el estilo¹⁵». La naturaleza no es un principio como *algo absoluto*, es decir, como una causa agente o motriz. De hecho, la palabra *naturaleza* solo indica una relación con un principio considerado como algo absoluto¹⁶. A partir de los ejemplos proporcionados, se entiende que *ese algo* calificado como *absoluto* es un individuo del género de la planta o del animal. La naturaleza no es lo que existe (es decir, un *ens*) como una planta o un animal, es lo que está en relación con el individuo que engendra. El significado de la palabra *principio* se ha ampliado, por tanto, para designar ya no al *generans*, sino a lo que proviene de él y que también es una causa, ya que la naturaleza se refiere primero a la forma y luego a la materia, sin que se trate por ello de algo absoluto, es decir, de un individuo¹⁷. En este caso, no se puede conocer la naturaleza sin conocer lo que engendra o, si se generaliza, sin conocer el motor que origina un determinado proceso. Por lo tanto, cabe preguntarse si *la naturaleza* en singular puede entenderse de otra manera que por el hecho de que todos los individuos naturales tendrían un mismo origen. Incluso cabe preguntarse si la estructura de *la Física* no es comparable al razonamiento de la biología evolutiva: del mismo modo que en biología se admite la existencia de un antepasado común a partir del momento en que se establece que existen similitudes anatómicas entre individuos de especies diferentes, las similitudes que se ponen de manifiesto a partir del movimiento, es decir, la similitud de estructura entre los seres vivos y los no vivos en cuanto a su movilidad (*ens mobile*), llevan a preguntarse si no existe un origen común. En relación con este mismo principio para toda la naturaleza, estaría justificado hablar de *la naturaleza* en singular para designar no la totalidad del universo material, sino lo que, en lo más íntimo de cada individuo, proviene de un mismo principio.

A partir de la lección 5, ganamos precisión en cuanto al concepto de motor. Se define como «aquello a partir de lo cual existe el principio del movimiento o del reposo¹⁸». Por lo tanto, el motor no es la causa

¹² «Praeterea, scientia est habitus conclusionis, intellectus vero habitus principiorum, ut patet per Philosophum in VI Ethic» (*De veritate*, q. 2 a. 1 arg. 4). Véase también THOMAE AQUINATIS, *Expositio libri Posteriorum* (Opera omnia, t. 1*/2), Commissio Leonina-J. Vrin, Roma-París, 1989), I, 40, 6. Citado en *Post*.

¹³ *In I Post.* 2, 3-5.

¹⁴ Véase *In I Post.*, 10.

¹⁵ *In II Phys.*, 1, 5

¹⁶ «natura importat habitudinem principii» (*ibíd.*)

¹⁷ «Cum nihil agat nisi secundum quod est in actu» (*In II Phys.*, 1, 3), «forma non agit, sed compositum» (*In II Phys.*, 1, 4).

¹⁸ «a quo est principium motus vel quietis» (*In II Phys.*, 5, 5)

del movimiento, si este último puede concebirse sin la forma y la materia (al estilo de Galileo), sino que es lo que está en el origen del principio del movimiento o del reposo, es decir, según *lo expuesto* en las lecciones anteriores, lo que está en el origen de la materia y de la forma, en cuanto que ambas se denominan *naturaleza*. Las distinciones que siguen confirman esta interpretación, ya que se distingue en primer lugar la causa *perficiens* de la causa *disponens* o *preparans*: la primera aporta (*dat*) el complemento al movimiento o al cambio —como la que introduce la forma sustancial en la generación—, mientras que la segunda tiene la función de hacer que la materia o el sujeto (del devenir) sea apto para recibir el complemento último, es decir, la forma. El problema es que resulta difícil ver qué tipo de causa motriz es el primer motor. ¿Está la naturaleza relacionada con él en cuanto materia, en cuanto forma, o en cuanto ambas cosas? ¿Es causa *perficiens*, *disponens*, ambas cosas a la vez, o ninguna de las dos? ¿Qué dice Tomás en su comentario sobre la *Física*? Sin duda, equipara la causa motriz y la causa eficiente al hablar de una causa eficiente cuádruple: *perficiens*, *praeparens*, *adiuvans* y *consilians*¹⁹.

Pero quizá la lección más interesante para aclarar el objeto de nuestra investigación sea la lección 11, que trata sobre las causas que el filósofo puede demostrar. Indica que cualquier motor puede tenerse en cuenta para demostrar algo en la ciencia de la naturaleza si, y solo si, él mismo está en movimiento. En este sentido, Dios no es una hipótesis: debe haber una homogeneidad entre *el explicans* y *el explicandum*, por decirlo a la manera de Popper²⁰. Un motor no movido queda fuera del campo de consideración de la filosofía de la naturaleza²¹. Y Tomás insiste sin temor a la paradoja:

[El filósofo de la naturaleza no debe considerar] cualquier motor. En efecto, existen dos tipos de principios motores (*principia moventia*), mus y non mus (el que no se mueve no es natural, porque no tiene en sí mismo el principio del movimiento. Y tal es el principio motor que es totalmente inmóvil y primero de todos, como se mostrará en el Libro VIII²²).

La paradoja es que Tomás rechaza fuera de la filosofía de la naturaleza el principio motor que se estudia en los Libros VII y VIII de *la Física*. La paradoja parece desaparecer si se considera que no se trata de demostrar algo a partir del Primer motor inmóvil, sino solo a partir de los motores movidos. Sin embargo, en este caso, ¿por qué el Primer motor inmóvil es digno de interés en la filosofía de la naturaleza, ya que Aquino insiste en que hay que detenerse en el primer motor entendido en el sentido más inmediato con respecto al efecto considerado²³?

En efecto, quien considera las causas de la generación debe definir primero cuál es el término de esta generación, es decir, la forma por la cual lo engendrado es lo que es; luego debe definir el primer factor (*que es quod primum fecit*), es decir, precisa Tomás, lo que mueve en primer lugar hacia la generación (*quod primum movit ad generationem*), y que es el motor. De este modo, se comprende que el primer motor no es necesariamente un motor inmóvil. ¿Es el primero cronológicamente? No es así como se entienden las cosas en la lección 6, donde se trató de considerar las diferentes modalidades de las causas, identificándose entonces la causa anterior con la causa universal.

Así, la primacía puede entenderse en dos sentidos: uno gnoseológico y otro ontológico. En sentido ontológico, una causa se dice universal cuando es aquella de la que dependen efectos específicamente

¹⁹ *Ibid.* Encontramos la misma equivalencia en In IV Phys., 2, 5: «*causa efficiens vel motiva*». Hay otras dos ocasiones en las que se utiliza la causa eficiente con el mismo significado en el comentario tomista (In II Phys. 5, 7).

²⁰ Véase K. POPPER, *El conocimiento objetivo. Un enfoque evolucionista*, trad. J.-J. Rosat, París, Flammarion, 2000, cap. 5, pp. 297-315.

²¹ Véase In II Phys., 11, 3.

²² In II Phys., 11, 5.

²³ Véase, en particular, In V Phys., 1, 3.

diferentes. Así, en el orden de la causa eficiente, el médico es una causa propia y segunda, pero el intelecto humano es una causa universal y primera²⁴. La causa universal, en sentido ontológico, se extiende a las cosas que tienen objetivamente en común una misma *razón* (*communicant in una ratione obiecti*), por ejemplo, para la inteligencia humana, un cierto orden, una inteligibilidad, una quiddidad, lo que se encuentra en particular en todo tipo de artefactos que tienen su origen en el intelecto humano.

En el presente caso, la razón común a todas las cosas naturales es la razón del movimiento, tal y como nos muestra su definición, y que debemos conocer antes de investigar cuál es el motor que origina esta razón común, el cual es el primero en cuanto que es la causa más universal con respecto a *toda la naturaleza*.

1.3. Libro III

El tercer libro de *la Física*, en su comentario tomista, nos permitirá identificar, por un lado, el género al que pertenece todo motor en el sentido de causa eficiente y, por otro, recordar que existe una gran tradición de físicos presocráticos que identificaron el primer principio con Dios.

Después de haber sido definido como *actus existentis in potentia* huiusmodi²⁵, y luego como *actus mobilis inquantum* huiusmodi²⁶, el movimiento se define como *actus potentiae activi et passivi*²⁷. La primera y la última definición son muy universales, en la medida en que se aplican a todos los tipos de movimiento, entendiéndose que, en un sentido amplio, para Tomás (y en este punto tiene una posición muy original), hay tantos tipos de movimiento como géneros del ser²⁸. La segunda, en cambio, solo define el movimiento en sentido estricto, que no incluye ni la generación ni la corrupción, sino todo devenir cuyo sujeto es un móvil presente en algún lugar, es decir, *sicut hoc aliquid, sicut aliquod individuum demonstratum*²⁹.

La potencia activa es algo que se encuentra en el motor o agente, mientras que la potencia pasiva se encuentra en el *mû*, o caracteriza la materia prima, el primer sujeto del devenir absoluto (generación o corrupción). Se dice claramente que esta potencia de actuar o mover llega a un individuo a modo de relación (*ad aliquid*³⁰). Se trata de una relación (*relatio*) basada en la acción y la pasión: por ejemplo, lo que calienta (*calefaciens*) se dice así en relación con lo que se calienta (*ad calefactum*). No se trata de una relación de razón³¹, sino de una relación real, en la medida en que la razón del motor llega a un sujeto por algo que le es extrínseco³², es decir, un determinado móvil.

Por lo tanto, hablar de un primer motor inmóvil no es decir nada más que una relación presente en algo que existe y que se encuentra en el origen de un acto —a saber, el movimiento— presente en otra cosa que le es exterior, a saber, un *mû*, el sujeto del movimiento. *Motor* no dice el ser como ser; no

²⁴ Véase *In VI Phys.*, 2.

²⁵ *In III Phys.*, 2, 3.

²⁶ *In III Phys.*, 4, 1.

²⁷ *En III Phys.*, 5, 18.

²⁸ «Unde manifestum est quod quot modis divitur ens, tot modis dividitur motus. Differunt enim species motus secundum diversa genera entium; ut augmentum, quod est motus in quantitate, a generatione, quae est motus in substantia» (Véase *In III Phys* 1, 8).

²⁹ *In I Phys.* 8, 9.

³⁰ Véase *In III Phys.*, 1, 6.

³¹ Véase *In V Phys.*, 3, 8.

³² Véase *In III Phys.*, 5, 15.

dice la sustancia. Dice una relación, la más débil de las existencias³³, cuyo fundamento es el movimiento presente en algo externo al motor.

Hay que entender bien que todo motor, como tal, es inmóvil. Este es el resultado preciso de la lección 4. En efecto, el motor es una relación presente en un sujeto que existe en acto. Ahora bien, el móvil, como tal, tiene el poder de recibir plenamente lo que ya posee parcialmente, como en el caso de lo que se calienta y que, mientras se calienta, sigue teniendo el poder de calentarse aún más. Por lo tanto, todo motor físico está maduro, no en cuanto motor, sino en cuanto móvil, debido a la materia que lo constituye³⁴.

¿Cómo sabemos que ningún motor se mueve en cuanto motor? Lo sabemos por el movimiento, que es un acto determinado —más precisamente, un comienzo de perfección³⁵—, y porque se entiende que el motor es aquello de donde proviene este acto. Por lo tanto, el motor solo da lo que posee; más precisamente, comunica una similitud de lo que posee:

Siempre es por una cierta forma [que el motor] parece estar en movimiento (*movens*); como por la forma que está en el género de la sustancia, para la transformación que depende de la sustancia, y por la forma que está en el género de la calidad, para la alteración, y por la forma que está en el género de la cantidad, para el crecimiento y la disminución. [...] Las formas de este género son causas y principios del movimiento, ya que todo agente se mueve según una forma³⁶.

Aquí, Tomás no da como ejemplo el movimiento local, pero generaliza lo que ha verificado en el caso de la generación, la alteración y el crecimiento. Para cada agente, la forma es el principio por el que se mueve, y esta forma es del mismo género que el término del movimiento, en lo que hay similitud.

En el movimiento local, el término del movimiento es, por ejemplo, el hecho de estar arriba o abajo; y, en general, es el hecho de que un móvil esté en algún lugar (*ubi*). Cuando el motor natural empuja o tira, también está en algún lugar, y este acto *de estar aquí* es el principio de su acción. Por lo tanto, hay una similitud entre su acto propio (*estar aquí*) y el término del movimiento del que es causa (*estar allí*)³⁷.

Por el contrario, resulta más difícil comprender cómo un motor inmóvil, y por lo tanto inmaterial, podría mover algo según el lugar. Es una pregunta que, sin embargo, tendremos que responder, ya que cuando hablamos de un primer motor inmóvil, nos referimos a un motor que no es móvil ni por sí mismo ni por accidente y que, por lo tanto, no es ni material ni natural.

¿Debe la cuestión de un motor no físico ser relegada más allá de la física? Por supuesto que sí, si la tradición de los físicos no la hubiera abordado. Conocemos los admirables fragmentos del *Tratado sobre la naturaleza* de Jenófanes de Colofón: «Un solo dios supremo entre los dioses y los hombres, en nada semejante a los mortales ni en forma ni en espíritu³⁸»; «Pero sin esfuerzo, con un impulso del pensamiento, lo mueve todo³⁹»; «Siempre permanece en el mismo lugar sin moverse en absoluto y no

³³ «*relatio habet debilissimum esse, quia consistit tantum in hoc quod est ad aliquid se habere, oportet quod super aliquod aliud accidens fondetur; quia perfectiora accidentia sunt propinquiora substantiae, et eis mediantibus alia accidentia substantiae insunt.*» (In III Phys., 1, 6)

³⁴ «*moveri accadat moventi, et non per se ei competit*» (In III Phys., 4, 6).

³⁵ In III Phys. 5, 17.

³⁶ Véase In III Phys., 4, 6.

³⁷ El problema del contacto entre el motor y lo movido, planteado por el caso del proyectil, no tiene aquí ninguna incidencia.

³⁸ Clem. Al. Strom. 5, 109 (2, 399, 16 St.), ed., trad. y comentado por L. Reibaud, en XENOPHANE DE COLOPHON, *Œuvre poétique*, París, Les Belles Lettres, 2012, frag. 23, p. 40.

³⁹ *Ibid.*, frag. 25 (Simp. In Ph, 23, 19 [A 31, 9]), p. 46.

le conviene moverse ahora aquí, ahora allá⁴⁰ ». Tomás no cita a Jenófanes. Sin embargo, Aquino insiste, cuando trata del infinito en el Libro III, en el hecho de que todos los antiguos estaban de acuerdo en que el infinito es un principio, que es ingenerado e incorruptible, que contiene y gobierna todas las cosas, y que es algo divino (*quoddam divinum*)⁴¹.

Así pues, la gran tradición de los físicos, a la que pertenece Jenófanes de Colofón, sostiene que existe un primer motor inmóvil, que se identifica con el infinito, es decir, con lo perfecto en sí mismo, lo que Aristóteles llamaría un acto puro, definido como aquello fuera del cual no hay nada (*extra quod nihil est*)⁴². En su tratado, el Filósofo se esfuerza por refutar esta posición: no niega la existencia de un primer motor inmóvil, pero rechaza que el infinito sea ese primer motor inmóvil. Aquino subraya que este rechazo no es definitivo, que se inscribe en el marco de una discusión y no en el de una determinación de la verdad⁴³. El Libro III se limita a determinar lo que es un infinito potencial, dejando para los Libros VII y VIII la cuestión de un infinito actual.

2. *Natura y primum movens* según los Libros VII y VIII.

Entrar en los Libros VII y VIII sin disponer de los Libros IV, V y VI es como entrar en los *Elementos* de Euclides sin conocer las definiciones previamente establecidas. ¡Tal es la convicción de Aquino⁴⁴! Para él, el primer motor no se interpreta a partir de la ciencia divina (a la que da nombre en este comentario de la *Metafísica*), sino a partir de lo que es el continuo, lo que supone determinar no solo el infinito, sino también el lugar (*locus*) y el tiempo (*tempus*), las medidas respectivas del móvil y del movimiento.

Veremos que la demostración del primer motor es, en primer lugar, la negación de un universo material infinito, lo que implica al menos un motor inmóvil, pero que solo se necesita uno, siempre que esté dotado de un poder infinito. Queda por ver cómo estos resultados podrían sacarnos de nuestra ignorancia sobre la naturaleza —que era el objetivo explícito— y cómo algo inmóvil, que propiamente dicho no tiene lugar, podría sin embargo comunicar un movimiento local.

2.1. El retorno de lo infinito actual.

No se trata aquí de reproducir en toda su complejidad los argumentos a favor de un primer motor inmóvil, sino de comprender este tipo de relación que representa el primer motor no físico y de buscar en qué, según los Libros VII y VIII, toda la naturaleza podría mantener una relación con él.

El razonamiento se basará en la posibilidad o imposibilidad de un movimiento infinito. No se trata de una posibilidad lógica —que resultaría de una incompatibilidad con las opiniones aceptadas por todos o por los expertos— ni de una posibilidad metafísica resultante de una simple no contradicción, suponiendo que Dios tenga el poder de hacer todo lo que no sea contradictorio; sino de una posibilidad física, que procede de una no incompatibilidad con los elementos de una definición dada con *materia sensible*⁴⁵, o con su primer elemento (que la lógica aristotélica designa como *género*), y ello sin tener en cuenta la diferencia específica que tiene el poder de contener. En este sentido, es cierto que es

⁴⁰ *Ibid.*, frag. 2- (Simp. *In Ph.*, 23, 10 [A 31, 7]), p. 48.

⁴¹ *In III Phys.*, 6, 10.

⁴² *En III Phys.*, 11, 2.

⁴³ «*Postquam Philosophus disputative processit de infinito, hic icipit determinare veritatem*» (*In III Phys.*, 10, 1).

⁴⁴ «*Praemittit autem haec, quia horum definitionibus utitur in demonstrationibus consequentibus per totum librum; sicut et in principio Euclidis ponuntur definitiones, quae sunt sequentium demonstrationum principia.*» (*In V Phys.* 5, 1)

⁴⁵ Véase *In II Phys.*, 3, 5.

posible que todos los animales tengan alas, ya que es el caso de al menos uno de ellos, aunque, cuando se considera al hombre, esto resulta imposible debido a su diferencia específica, ya que la posesión de alas es incompatible con su naturaleza de ser dotado de razón⁴⁶.

A partir de ahí, ¿es cierto que es posible que exista un movimiento infinito? ¿Cuál sería su objeto? La totalidad del universo físico, ya que en la *Física* se contempla haciendo abstracción de todas las diferencias específicas que distinguen al hombre de una planta, del caballo⁴⁷ o de cualquier otro elemento. El conjunto de los componentes del universo podría entonces formar un todo continuo:

Supongamos [...] que una sola y misma cosa, a saber, el universo entero, se forma (*efficiatur*) a partir del conjunto de móviles y motores, según una cierta continuidad⁴⁸.

¿Cuál sería la naturaleza del movimiento de un móvil así? El movimiento más fundamental, presupuesto por cualquier otro movimiento y posible para cualquier móvil, en la medida en que todo móvil está en algún lugar, es el movimiento local. Si se trata de un movimiento único, del que se busca saber si puede ser infinito, también es necesario plantear que puede tener lugar en un tiempo desprovisto de toda solución de continuidad⁴⁹, y que cada uno de los móviles que constituyen el universo se mueva al mismo tiempo, como las partes de una esfera que girara sobre sí misma.

Para ello, basta con tomar cualquier móvil movido según el lugar en un tiempo determinado, cuyo movimiento se denominará M, entendiéndose además que todo lo que se mueve es movido por otra cosa, debido a que todo lo que se mueve es infinitamente divisible⁵⁰. Por lo tanto, habrá que tener en cuenta la totalidad del universo para explicar este movimiento M, ya que su motor inmediato, al ser natural, también se mueve en el momento mismo en que actúa. De hecho, es posible que un motor se mueva por el hecho de estar en movimiento, como ocurre con cualquier instrumento, por ejemplo, el martillo.

Por lo tanto, si cada motor mueve en la medida en que se mueve, es posible que todo el universo esté implicado. La cuestión es saber si también se podría admitir que el universo es infinito. En otras palabras, ¿está constituido actualmente por un número infinito de partes? Suponiendo que esto fuera imposible, como se ha indicado en el Libro III (sin haberlo demostrado), tendría que haber al menos un motor no movido.

Pero esto es imposible, ya que admitir un movimiento infinito, debido al número infinito de partes del universo, implicaría que hay un movimiento infinito en un tiempo finito, lo cual es imposible⁵¹. Ciertamente, el argumento se basa en lo posible, pero llega a lo necesario, ya que de lo posible nunca se puede deducir lo imposible⁵².

Entonces hay que preguntarse cuál es la responsabilidad de un motor así. Sin él, el movimiento según el lugar del conjunto de las partes del universo sería imposible. El primer motor es la condición necesaria, aunque no suficiente. Lo es en virtud de una causalidad universal, ya que cada una de las partes tiene su propio lugar y, por lo tanto, se mueven según movimientos específicamente diferentes. Pero, sobre todo, lo es en virtud de la causalidad eficiente, en el sentido que ya hemos determinado.

⁴⁶ *In VII Phys.*, 2, 6.

⁴⁷ Evoca la hipótesis de un perro engendrado a partir del caballo (véase *In I Phys.*, 14, 6).

⁴⁸ *In VII Phys.*, 2, 5.

⁴⁹ Véase *In V Phys.*, 7, 1-4.

⁵⁰ Véase *In VII Phys.*, 1, 6.

⁵¹ *En VI Phys.*, 9, 5.

⁵² *In VII Phys.*, 2, 5.

Impulsado por el texto de Aristóteles, Tomás insiste:

Se dice que algo *se mueve* de dos maneras: o bien como el fin mueve al agente (y tal motor a veces está alejado del agente que mueve), o bien como mueve lo que es principio de movimiento, y esto es lo que hay que entender aquí por motor⁵³.

Para Aquino, no hay duda de que el argumento a favor del primer motor —entendido no como lo que es responsable de la acción del agente, lo que le conferiría el estatus de causa final, sino como lo que está en el origen del movimiento de un móvil— tiene el valor de una demostración⁵⁴. Dado que el Libro VII no es un borrador, conviene precisar la aportación del Libro VIII antes de tratar de determinar la relación entre este motor y la naturaleza.

2.2. La diferencia entre los Libros VII y VIII.

La diferencia entre los dos libros es, en primer lugar, una diferencia de objetivos. Ya no se trata de demostrar que es necesario postular un primer móvil, un primer movimiento y un primer motor, sino de buscar cuál es (*qualis sit*) el primer motor, el primer movimiento y el primer móvil. El objetivo es, por tanto, una investigación: «*in hoc libro intendit inquirere*⁵⁵». En sus usos anteriores, este término *inquirere* indicaba un tipo de argumentación dictada por los *Tópicos* y prolongada por una *determinatio veritatis*⁵⁶.

Y sobre todo, en los Libros anteriores, una vez establecida la existencia del infinito (potencial), del lugar y del tiempo, se trataba de decir *qué es* (*quid est*) cada una de estas *communia*. Aquí no es así. Se quiere mostrar que el primer motor es como un punto indivisible, sin grandeza, que existe fuera del género de la grandeza⁵⁷, a diferencia de cualquier móvil⁵⁸. Pero no es un punto, porque este último pertenece a la línea; no es externo a ella.

Solo hay que comprender que es imposible que el primer motor inmóvil tenga magnitud, o que sea un cuerpo, o que su potencia (*virtus*) esté en un cuerpo. Por lo tanto, en sentido estricto, no está en ninguna parte y está fuera del tiempo. También es ingenerable e incorruptible. Desde el punto de vista de la tradición de los físicos, puede identificarse como algo divino.

El argumento principal para llegar a la conclusión de que carece absolutamente de toda magnitud reside en el hecho de que tiene un poder infinito (*potentiam infinitam*). En este caso, el infinito no puede ser un infinito potencial, ya que eso supondría una sucesión en el primer motor inmóvil y, por lo tanto, que ya no fuera como un punto indivisible. Se trata de un infinito que puede definirse como «aquello fuera del cual no hay nada», es decir, como una perfección, un principio perfecto de acción. Todo está preparado para designarlo como un Acto puro. Pero nada está hecho, ya que sería considerarlo de otra manera que no sea a partir del movimiento.

Aquí, el primer motor se pone de manifiesto a partir del primer movimiento: un movimiento local que Aristóteles afirma que es infinito⁵⁹. Este comentario tomista tiene la ventaja de mostrar en qué sentido esta conclusión no tiene simplemente, en Aristóteles, un valor de opinión verdadera justificada, sino de un verdadero resultado demostrativo⁶⁰. También muestra en qué sentido la demostración

⁵³ *En VII Phys.*, 3, 1.

⁵⁴ Véase *ibíd.*

⁵⁵ *En VIII Phys.*, 1, 1.

⁵⁶ Véase *In I Phys.*, 10, 1; 11, 1; 12, 1; *In III Phys.* 7, 1; 10, 1; *In IV Phys.*, 3, 1; 4, 1; 16, 1; 17, 1.

⁵⁷ *In VIII Phys.*, 23, 9.

⁵⁸ *In VI Phys.*, 5, 10.

⁵⁹ *In VIII Phys.*, 13, 5.

⁶⁰ *En VIII Phys.*, 1, 2.

propuesta es solo aparente⁶¹, y sobre todo se esfuerza por manifestar en qué sentido esta tesis no es incompatible con la fe cristiana⁶².

Como no existe una ciencia de lo singular, no se puede afirmar si esto es así, es decir, si el universo actual es el intermediario entre un pasado que nunca comenzó y un futuro que no tendrá fin, aunque si consideramos el primer principio de todas las cosas (*primum rerum principium*), determinado aquí como aquel que también está en el origen de la materia prima (y, por tanto, en cierto sentido, de la naturaleza), se podría llegar a demostrar la posibilidad de un comienzo⁶³. Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente del movimiento local, es físicamente posible que este sea infinito⁶⁴.

El movimiento infinito es también una vía (*via*) para demostrar la existencia del primer principio, cuya eficacia es mayor que la demostración anterior, en la medida en que permite responder a la objeción de que un mundo eterno no requiere plantear un primer principio⁶⁵. En esta ocasión, se trata de considerar el movimiento infinito desde el punto de vista del tiempo, y no desde el punto de vista de la grandeza como en el libro anterior, lo que permite demostrar que el primer principio es aún más eterno (*multo magis sempiternitate*) que el propio movimiento. Tomás subraya que Aristóteles retoma esta perspectiva en su *Metafísica*, donde se trataría de proponer «una ciencia del primer principio». Pero no habla de esta vía en términos de demostración, a diferencia del argumento del Libro VII, que nunca presenta como una *vía*. Lo que aquí denomina una *vía probandi* se presenta, por tanto, más bien como una validación independiente de la demostración propiamente dicha⁶⁶.

El primer movimiento tiene como tema el primer móvil, es decir, el universo, que permanece en un tiempo infinito, lo que implica que la primera causa motriz del universo en su conjunto es inmóvil —*ergo necesse est primam causam moventem in toto universo esse immobilem*⁶⁷. Sabemos que el sujeto de un movimiento es *hoc aliquid*, es decir, una cosa que permanece por sí misma (*per se stans*)⁶⁸. Por lo tanto, el universo debe permanecer en su disposición y en el mismo estado —*maneant in sua dispositione et in eodem statu*⁶⁹. Más concretamente, aunque de forma bastante oscura, se caracteriza por una permanencia incesante (*quaedam permanentiam sempiternam*) «según es continuado (*continuatur*) por el primer principio inmóvil, recibiendo de él una influencia (*influentiam*)⁷⁰». La influencia a la que se refiere no está nada clara. Solo se entiende que el primer principio es el origen de la duración del universo y, por lo tanto, que la similitud entre el primer principio y su efecto consiste en esta inmovilidad. Pero, ¿cómo entender esta influencia del primer principio? ¿Y en qué nos aclara esto sobre la naturaleza?

2.3. La relación entre la naturaleza y el primer motor.

Hay que reconocer que esta relación entre la naturaleza y el motor primero no se explica en ninguna parte del comentario tomista de *la Física*. Esta observación debe llamar nuestra atención, ya que el conocimiento de la naturaleza a partir del movimiento —y, por tanto, de su principio primero— era el

⁶¹ *En VIII Phys.*, 2, 13; 2, 20.

⁶² *En VIII Phys.*, 2, 3-5; 2, 17-18.

⁶³ *En VIII Phys.*, 2, 19.

⁶⁴ *En VIII Phys.*, 16; 19.

⁶⁵ *En VIII Phys.*, 1, 6.

⁶⁶ Véanse mis artículos en *Transversalité* y en los *Cahiers de l'IPC...*

⁶⁷ *En VIII Phys.*, 13, 5.

⁶⁸ *En IV Phys.*, 18, 6.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Ibid.*

objetivo declarado de todo el Tratado. Esto no significa que el comentario sea insuficiente: al contrario, expone perfectamente la carta de Aristóteles. Pero significa que la letra es insuficiente; que la ciencia de la naturaleza no se encuentra en un manuscrito, sino en la inteligencia de quien la enseña y luego de quien recibe la enseñanza, siempre que ninguno de los dos se contente con recitarla de un tirón o leer fórmulas escritas. Sin duda, esta es la disposición de ánimo de Aquino cuando atribuye a Aristóteles la idea de la creación, idea que el Estagirita nunca expresó, pero cuyos principios se encuentran, según Tomás, en su *Metafísica*⁷¹. ¿Ocurre lo mismo con la cuestión que nos ocupa? ¿Podemos, basándonos en lo que se plantea en el comentario tomista, aclarar esta cuestión?

Sabemos que el primer motor ejerce una responsabilidad en relación con el movimiento local. Podría ejercerla como causa *perficiens*, causa *disponens*, *adjuvens* o consilians. Las dos primeras deben descartarse, ya que suponen un contacto físico, como lo que empuja, lo que tira o lo que transporta. La tercera debe descartarse porque supone ser un motor movido. Queda por considerar el caso de la causa *consilians*. Se ha descrito como aquella que, en el orden de las cosas naturales, da (*dat*) la forma sustancial por la que un móvil se mueve⁷². Para entenderlo, Tomás presenta el ejemplo de lo pesado y lo ligero, cuyo motor no es lo que los empuja o transporta, sino lo que los engendra.

Este ejemplo hace referencia al Libro VIII⁷³, pero no puede entenderse sin el tratado sobre el lugar del Libro IV. Cada móvil tiene su lugar propio, en el que se conserva su existencia⁷⁴, y hacia el que se dirige cuando se aleja de él, siempre que nada lo impida. El lugar propio es el límite de un cuerpo que está específicamente cerca del cuerpo localizado (*est proximum ei secundum naturam*⁷⁵). Por lo tanto, es por su propia naturaleza que un móvil se dirige hacia su lugar propio. Esta tesis parece tan importante que Tomás la presenta desde el principio del Libro II, cuando quiere mostrar que la forma no es el motor:

Así como los demás accidentes [propios] son consecutivos a la forma sustancial, también lo son el lugar y, por consiguiente, el hecho de moverse hacia el lugar: sin embargo, no de tal manera que la forma sea el motor, sino que el motor es lo que engendra (*generans*), lo que da (*dat*) tal forma, en relación con la cual se produce tal movimiento⁷⁶.

Por lo tanto, existe una forma de movimiento que consiste en dar a una cosa su forma sustancial, es decir, su naturaleza, en la medida en que es un principio del movimiento. A una misma cosa se le pueden atribuir varias *generantes*, ya que Tomás de Aquino suele retomar la expresión de Aristóteles cuando dice que «el hombre engendra al hombre, con el sol⁷⁷». Y, sin embargo, su forma no proviene ni del hombre ni del sol: estos solo participan en la generación del hombre. Aunque hay que distinguir el caso del alma humana de otras formas naturales, estas parecen tener en común el hecho de tener su origen en el primer motor inmóvil. Es difícil ir más allá en la filosofía de la naturaleza.

Desde esta perspectiva, la afirmación aristotélica de que la forma es «algo divino⁷⁸» se vuelve inteligible. Tomás no la interpreta fuera del ámbito de la filosofía de la naturaleza cuando explica esta atribución por una «participación de similitud en *el esse divinus*, que es acto puro⁷⁹». En efecto, si el primer motor inmóvil da la forma —con la ayuda de una diversidad de motores naturales, y con esta

⁷¹ *En VIII Phys.*, 2, 4.

⁷² *En II Phys.*, 5, 5.

⁷³ *En VIII Phys.*, 8, en particular 7.

⁷⁴ *En IV Phys.*, 1, 7.

⁷⁵ *En IV Phys.*, 8, 7.

⁷⁶ *En II Física*, 1, 4.

⁷⁷ *Fís.* II, 2, 194b13; *En II Fís.*, 4, 10.

⁷⁸ *Fís.*, I, 9, 192a16.

⁷⁹ *En I Física*, 15, 7.

condición—, entonces la forma presenta cierta similitud con él, ya que «todo lo que se hace, mientras se hace, es imperfecto y tiende al principio, es decir, a asimilarse al principio de su producción, que es primero naturalmente⁸⁰. Esta similitud no reside en la especificidad del móvil, sino, en cierto sentido, en su perfección, en su bondad. En cada móvil natural se manifiesta una similitud de su bondad⁸¹. Esto es lo que permite descubrir la filosofía de la naturaleza.

Thomas se había preocupado de indicar, al definir la causalidad eficiente, que en las cosas humanas la causa *consilians* es aquella que da al agente la forma por la que actúa, lo que es el caso del consejero⁸². Cabe señalar que también es el caso del general de un ejército, que es a la vez causa eficiente y causa final⁸³. Por lo tanto, el hecho de ser una causa final en la *Metafísica* no es un obstáculo para que el primer motor sea, por otra parte, en la *Física*, una causa eficiente. Al contrario: uno implica al otro. Este vínculo permite así confirmar la hipótesis inicial según la cual «la naturaleza no es otra cosa que la razón de un cierto arte, a saber, el divino, inscrito en las cosas, por el cual las cosas se mueven hacia un fin determinado», más precisamente con vistas al «principio de toda la naturaleza, que es Dios por encima de todas las cosas».

Conclusión

Próximamente.

⁸⁰ *En VIII Phys.*, 14, 9.

⁸¹ Véase *In VIII Phys.*, 2, 19.

⁸² *In II Phys.*, 5, 5.

⁸³ *Metafísica*, Λ, 10; 1075a14-15.